



Paz y Bien

Misa de Acción de Gracias  
Pastoral de la Salud y Cáritas  
1º Promesa de los Voluntarios  
24-XI-2007

Textos:

Is.: 61, 1-3. 10-11.

II Cor.: 1, 3-7.

Jn.: 14, 15-21. 25-27.

“Consuelen, consuelen a mi Pueblo dice el Señor” (Is. 40, 1).

Nos hemos reunido, como cada año para esta fecha, para dar acción de gracias por lo que Jesús nos permitió hacer y trabajar a favor de los más pobres y enfermos.

Nuestra acción de gracias se une a la eucaristía para que por y en Cristo llegue al Padre.

Celebramos esta misa contemplando y meditando sobre la figura de María, Madre del consuelo. En ella se encarna, se hace presente el consuelo de Dios, por eso es modelo del que consuela, por ser madre del consuelo que es Cristo.

Hermanos, con toda propiedad podemos afirmar que María “dio la Vida y el Consuelo al mundo” (cfr. L. G. 52). María “con su amor materno, consuela y se preocupa de los hermanos de su Hijo que aún peregrinan y se debaten entre peligros y angustias hasta que sean llevados a la patria feliz” (L. G. 62).

Por su obediencia y fidelidad a la voluntad de Dios, María es modelo, en el orden de la fe, de la caridad y de perfecta unión con Cristo, como nos enseña san Ambrosio (cfr. L. G. 63).

Hermanos, todos tenemos ya desde pequeños, la experiencia del dolor y de la necesidad del consuelo, también tenemos experiencia de la necesidad de consuelo de tantos hermanos que sufren solos; ustedes queridos voluntarios y voluntarias, a diario lo descubren en los hospitales; hombres y mujeres que están como perdidos y aturdidos como aquel hombre que el buen samaritano socorrió y consoló.

Debemos entender que en los hombres “Jesucristo estará en agonía hasta el fin del mundo y nosotros no podemos dormirmos mientras tanto” (Pascal); pues “todo sufrimiento es único y todo sufrimiento es común” (H. de Lubac); esta afirmación es muy importante, especialmente para los que asisten a los pobres y enfermos, ya que marca la profundidad de la solidaridad, por lo que el sufrimiento de uno se torna común en Cristo que por todos sufrió, murió y resucitó.

Hermanos, hoy estamos llamados a trabajar por una cultura del servicio y de la solidaridad, donde el ideal de poder y dominio ceda el paso al ideal de la fraternidad y servicio (cfr. R. Guardini).

En el servicio del voluntariado -hospitalario, domiciliario, de cáritas- se experimenta la exigencia concreta del amor cristiano. Jesucristo no nos enseña una mística “de ojos cerrados”, afirma Benedicto XVI, sino una mística “de la mirada abierta” y, con ella, el deber absoluto de percibir las necesidades de los otros para poder consolarlos.

Desearía que meditaran, personalmente y en grupos, este pasaje de Isaías que hemos proclamado, y que se pudieran identificar con él, ya que en el bautismo han sido ungidos y enviados a iluminar, curar y consolar.

Los Padres de la Iglesia han visto en el aceite que el buen samaritano derramó en las heridas del hombre asaltado, “la doctrina de la caridad y de la piedad o misericordia” (Orígenes).

El Señor los envía a derramar el aceite del consuelo en tantos corazones desgarrados, los envía para consolar a los afligidos.

Ustedes saben cuanta necesidad de consuelo hay en el hospital, especialmente cuando no está presente la familia, pero más grave aún cuando la desolación se debe a la ausencia de Dios. “La sensación de oscuridad, la impresión de lejanía, ausencia o silencio de Dios deja en el alma algo así como orfandad, tristeza y desolación” (I. Larrañaga). Ustedes son los enviados para llenar con gestos y palabras este vacío.

San Pablo nos marca el camino al regalarnos la Carta Magna de la consolación en su II Carta a los Corintios (1, 3-7), tengan este texto como hoja de ruta, como indicadora de la fuente de toda consolación donde abreviar para así poder consolar; ¡abracen en la fuente inagotable que es Dios padre de misericordia y Dios del consuelo!

Queridos voluntarios y voluntarias, juntos deben manifestar a Cristo que por su Iglesia sigue consolando a los hombres. Cada día pidan al buen Dios que el enfermo sea un “Tú” para ustedes y que nunca duden de este servicio, pues, “cuando se ha optado por el pobre y el enfermo, siempre mejor dicho, se está doblemente seguro de haber hecho una buena opción. Se ha elegido lo mismo que Jesús y se ha optado por el mismo Jesús” (H. de Lubac).

En esta tarea encontraremos escollos y piedras en el camino, es verdad que las más dolorosas son las que vienen de adentro, también Jesús las experimentó; también están las que vienen de afuera, pero ¡nunca dudes!, “todos los defectos que hay en una buena obra no ahogan su bondad esencial” (San Francisco de Sales). “Les garantizo que en cada pequeño pero genuino acto de amor, está todo el sentido del universo” (Benedicto XVI).

Hermanos, “nunca se cansen de ser misericordiosos” (Card. Bergoglio, ordenación sacerdotal. 17-XI-2007), que nada ni nadie, fuera de la voluntad de Dios, los separe de este servicio, ¡Dios lo quiere! Y su Espíritu los defiende y sostiene.

Que el crucifijo que llevan sea vuestro compañero de servicio al enfermo y que María, Madre de la Vida y del Consuelo los acompañe, bendiga y sostenga en esta sublime tarea.

Amén.

G. in D.